

tan comunes en las regiones de la vida? el sacerdote es todavía el que corre á consolarle y levantarle. El sacerdote, en fin, es el que dulcifica la postrera hora de la agonía, y el que endereza sus pasos á la eternidad. Por todos estos cuidados, no puede, pues, el hombre tener más que gratitudes y acciones de gracias para con el sacerdote católico; y cuando le vea en el altar invocar el nombre de Dios mismo para hacerle descender para él y cerca de él, estos homenajes deben necesariamente cambiarse en veneración.

CAPITULO X.

GRANDEZA DEL SACERDOTE CATÓLICO.

El Sacerdocio católico se ejerce sobre la tierra, pero su origen está en el cielo; ved por qué se le coloca entre las cosas celestes, porque no es un hombre mortal, ni un ángel, ni un arcángel, sino el Espíritu Santo mismo que lo ha instituido y que nos ordena creer que el Sacerdote Católico ejerce sobre la tierra un ministerio angélico.

Que se recuerde la pompa y magestad del ceremonial que Dios mismo habia ordenado en la

antigua ley: qué pavor, qué respeto no imprimía la vista sola de aquella magnificencia de los vestidos del gran Sacerdote; todo aquel aparato impotente de campanillas, granadas, pedrería que cubrían el racional, el ephod, la mitra, y la tiara. Aquel manto sacerdotal que arrastraba; aquel Santo de los santos donde ningun mortal tenía el derecho de penetrar, donde ningun ruido interrumpía el silencio augusto que allí reinaba, dejando en todas las almas una impresion profunda de terror religioso. Pero ¿qué era áquella pompa exterior de las ceremonias de la antigua ley comparada á la Santidad de los misterios de la misma ley? Con cuánta razon pues, dijo el Apóstol que la gloria de la ley mosaica no es verdadera gloria comparada con la sublimidad de la del evangelio. Cuando veis al Dios del cielo que se inmola sobre el altar y allí anonadado al Sacerdote, é inclinado sobre la víctima, todo ocupado en orar, y á todos los asistentes teñidos con aquella preciosa sangre, ¿podeis creer en aquel momento, que estais sobre la tierra y en medio de los hombres? ¿No os sentís como arrebatados hasta los cielos? ¿No creéis á vuestro espíritu desprendido de todo pensamiento carnal, y á vuestra alma muy lejos de los sentidos? ¿no es verdad que apenas descubris todo

lo que pasa en aquella región superior? Prodigio inefable del amor de Dios para con los hombres! Aquel que está sentado en el cielo á la diestra de Dios Padre, es el mismo que no desdenándose dejarse tocar por las manos del Sacerdote, se dá á quien quiere recibirle, se entrega á nuestros brazos y se muestra á todos por los ojos de la fé.

Un ministerio consagrado con tan nobles funciones, ¿no es verdad que es digno de todo honor? ¿Quereis conocerle por otra maravilla? Examinadle por la excelencia del sacrificio eucarístico de que el sacerdote católico es el ministro. Representaos todo lo que hubo de más brillante en los sacrificios antiguos: considerad el de Elías por ejemplo; por una parte reunido todo Israel, atento, con profundo silencio, aguarda la gloria de Dios, que ha prometido manifestarse; por la otra, al profeta que espera á su vez una llama milagrosa que descende del cielo y cae lentamente sobre la víctima que consume, dejando una huella luminosa. Todo esto es imponente y muy á propósito para inspirar el temor. Fijad ahora la vista en lo que pasa en nuestros templos: las maravillas que allí descubris, excitan, arrebatan vuestra admiracion. El sacerdote católico no hace caer fuego del cielo,

hace descender al Espíritu Santo: ora, no para pedir que una llama descienda de lo alto para consumir las cosas que están preparadas, sino para que la gracia, penetrando la víctima, inflame con ella á los fieles presentes al sacrificio, los haga más puros, más brillantes que el oro depurado en el crisol.

Si se considera ahora que un mortal compuesto de carne y sangre, el que se allega á esta naturaleza inmortal, se concebirá entonces cuál es la grandeza con que el Espíritu Santo ha enriquecido al sacerdote, pues que es por su ministerio por el que se obran estas maravillas. Débiles criaturas, puestas en este destierro, son llamadas á la dispensacion de las cosas divinas, y reciben un poder que no ha sido otorgado ni á los ángeles ni á los arcángeles, porque ni á estos se ha dicho como al sacerdote católico: *Todo lo que ligareis sobre la tierra, atado quedará en el cielo; y todo lo que desatareis en la tierra, desatado quedará en el cielo.* Los príncipes de la tierra no tienen acción más que sobre los cuerpos, el sacerdote católico obra sobre las almas; los príncipes de la tierra sustraen á un culpable de la justicia humana, y por esto son grandes; el sacerdote católico sustrae al hombre de la justicia divina. ¡Oh admirable maravilla!

¡Oh celeste carácter el del sacerdote conciliador! ¡Cuán necesario eres al mundo! ¡Qué freno has puesto á los crímenes secretos! ¡Con cuántos pecadores purificados has poblado el cielo! ¿Y qué necesitas para obrar tantos prodigios? El médico que curase á todos sus enfermos sin otra pócima que estas tres palabras: *Yo te curo*, sería un taumaturgo inaudito. Hombre de Dios, Sacerdote católico: tú das al enfermo una salud más perfecta, sin aplicarle otro remedio que estas tres palabras: *Yo te absuelvo.*

Recorro la tierra, subo hasta el ángel para preguntarle dónde encuentro el trono del Sacerdote: él me responde entonces: asciende más porque vive más alto; le encontrareis sentado al lado de Dios, en el cielo. El Sacerdote católico es pues el hombre perfecto, el hombre excelente, el hombre elevado á su más alta potencia: desciende inmediatamente del que no desciende de nadie. De pie en las sagradas fuentes, llama á sí á los niños para hacerlos hombres. Solo él, desde lo alto de la cátedra, tiene el derecho de decir la verdad á todos, á los reyes como á los pueblos, y recordarles á todos, que solo Dios es grande. Sentado en el tribunal sagrado, depositario de las llaves del cielo, juzga, y Dios confirma su sentencia. En el altar, si fuera posible

decirlo, se creeria más poderoso que Dios mismo, porque solo una palabra que de su boca sale, crea á Dios, (1) como Dios crea la luz; y despues, cuando el tiempo le falta al creyente, le da en cambio la feliz eternidad. Al último de los hombres, como al hijo de San Luis, le grita con una voz firme: *Sube al cielo.*

En el cadalso, sobre todo, es donde el Sacerdote es grande, cuando todo ha desaparecido para la desgraciada víctima; cuando todos la han repelido y rechazado, la sociedad, la familia y el mundo, el Sacerdote corre para consolarla, sube con ella al cadalso con su crucifijo; para alentarla se pone entre ella y el verdugo para no dejarle ver más que la bondad de Dios y sustraerle la cuchilla que sobre ella vá á caer; es conducido con ella hasta el lugar del suplicio, atraviesa con ella la horrible multitud, sube con ella las gradas del cadalso, la abraza y dura con ella hasta que su cabeza queda separada de su cuerpo. . . . ¡Oh Sacerdote, cuan sublime es tu mision! ¡Y se admira despues de todo, que el Sacerdote católico haya tenido en todos los

[1] O coeleste mysterium quod per vos Pater et Spiritus Sanctus tam marabiliter operatur!

tiempos tanta influencia y una autoridad de maestro! Lleva sobre su frente y en su mirada un no sé qué de grande y magestuoso que inspira amor, veneracion, todo junto.

El gran Teodosio se presenta á la puerta de la Iglesia: un Sacerdote se le interpone prohibiéndole la entrada, y el emperador se contiene; habla el Sacerdote, y el emperador reconoce su falta: vuelve silencioso á su palacio para expiarla con la penitencia. Atila, aquel azote de Dios marcha hacia Roma; viene á destruir la Ciudad Eterna, impulsado como él dice, por un brazo invisible: el Papa S. Leon se le interpone, y la tea del salvaje conquistador se apaga en la cruz del Sacerdote católico. Troyes y Orleans son amenazadas; dos Sacerdotes se interponen ante aquellas hordas salvajes y ambas se ven libres del pillaje. Teodorico se acaba de apoderar de Pavia, cuando vió llegar á San Epifanio su Obispo: "ved, dijo á sus cortesanos el más poderoso baluarte de Pavia, este hombre, cuyo exterior es tan simple que no tiene semejante en el universo." Y Teodorico deja en Pavia á su mujer, su hermana, su cuñada bajo la salvaguardia del Obispo: era proponerlos bajo el amparo de la virtud.

Recorred la lista de los hombres, y entre ellos hallareis un gran número de Sacerdotes, y no temo que se llame exagerado, si aseguro que si se pudiera ver un siglo en un hombre, se veria en el sacerdote católico, porque el sacerdote reúne en él todo lo que le rodea. En el tercer siglo están Orígenes y Tertuliano; en el cuarto bajo Constantino, Atanasio ó Basilio; en el quinto Agustin ó Leon: en el sexto Benito ó Leon; en el sétimo Isidoro, primero de los enci, clopedistas: Beda, bajo Cárlo Magno, en el octavo, el gran San Benito de Amiens, ó el sabio Focio en el noveno: el sorprendente Silvestre II ó Gerbert en el décimo: Gregorio VII ó Anselmo en el undécimo: San Bruno ó San Bernardo en el duodécimo: Santo Domingo ó Santo Tomás de Aquino en el décimo tercio: Roger Bacon ó Gerson en el décimo cuarto: Tostado ó Savonarola, en el décimo quinto; el cardenal Jimenez ó San Francisco Javier, Leon X ó el canónigo Copérnico, en el diez y seis; Belarmino ó Richelieu, Kircher ó Bourdaloue, Petau ó Bossuet, en el principio y fin del diez y siete: en el diez y ocho Bénédicto XIV, Bergier, Ligorio y Pio VI. Pio VI, que en el momento en que la nave social cruja por todas partes, en que la fé parecia extinguirse y la Iglesia roma-

na amenazaba desaparecer, aparecia á los pueblos y á los reyes, para darles á todos una verdadera idea de la grandeza y de la dignidad del sacerdote en el sufrimiento.

Los franceses son dueños de Roma. Amantes de las nuevas doctrinas, el pueblo se hace al partido del vencedor y no reconoce ya al Papa por su jefe temporal. El general Cervoni presenta al Pontífice caido las insignias de la nacion. "No conozco otro uniforme para mí, le respondió el piadoso sacerdote, que aquel con que la Iglesia me ha honrado; teneis poder sobre mi cuerpo: pero mi alma está sobre vuestros golpes. No necesito de vuestra pension. Un callado y un vestido de sayal bastan al que debe espirar en el cilicio y en la ceniza. Adoro la mano del Omnipotente que castiga al pastor y al rebaño; podeis destruir las habitaciones de los que viven, y los sepulcros de los muertos, pero no la religion porque es eterna: ella subsistirá despues que vos, como existia ántes que vos, y su reinado durará hasta la consumacion de los siglos."

El siglo diez y nueve ha tenido tambien su héroe. Pio VII no ha sido ménos grande que su predecesor. Escuchemos la alocucion siguiente del secretario perpetuo de la academia fran-